

SESION SOLEMNE DEL DIA 1º DE OCTUBRE DE 1919.

*DISCURSO de clausura del Presidente saliente Dr. Ricardo E. Cicero.*

Allá arriba el sol brillante,  
Las estrellas allá arriba,  
Aquí abajo los reflejos  
De lo que tñn lejos brilla.  
Allá lo que nunca acaba,  
Aquí lo que al fin termina,  
Y el hombre atado aquí abajo  
Mirando siempre allá arriba!

AUGUSTO FERRÁN Y FORNIÉS.

Señor Rector de la Universidad Nacional:

Señores:

Se oye con frecuencia decir, no sólo por el vulgo ignaro, sino también por personas de refinada cultura, que los médicos no tenemos corazón, que somos insensibles a los sufrimientos de nuestros prójimos, que la augusta poesía no puede seducirnos porque hallándonos constantemente en presencia de la materia, frente a frente de los hechos, nos acostumbramos a no querer ver más allá de lo que la observación nos muestra como realidades; en una palabra, que no vemos de la vida más que el lado prosaico.

¡Erróneo es semejante juicio! No quiero citar nombres de médicos poetas excelsos en la ciencia del *gay* decir, nombres conocidos de este mi selecto auditorio, porque no faltaría quien objetara, que o se trata de personas que erraron la vocación y si fueron buenos poetas, mucho dejaron que desear como médicos, o que son excepciones, que si no confirman la regla general, tampoco pueden servir de base para asentar la contraria.

Desconocen quienes tan inexactas opiniones sustentan la elevada misión de la medicina.

Todo verdadero médico tiene alma de poeta, aunque muy pocos dominan el arte de versificar; pues si este es el medio más brillante de exponer en bella forma las ideas, no es la esencia misma de la poesía, y tan no lo es, que nada hay tan desagradable como los versos mal hilvanados en que campean ni el sentimiento, ni el buen gusto, ni la gracia, ni siquiera la gramática.

Es el médico ante todo un hombre de acción. Allí donde ve el dolor, el sufrimiento, no se deja arrebatar por emociones elementales de lamentos inútiles, que escritos pueden hacer palpar los corazones, pero dejan al paciente en su mísera condición; sino que movido por más altos ideales, pone en práctica los medios más eficaces para mitigar ese dolor, ese sufrimiento; cuando posible es lo vence, y si con los recursos de que actualmente dispone la ciencia no lo consigue, no se conforma, antes bien estudia, investiga, perfecciona sus conocimientos, y en pos constante del más hermoso de los ideales, llega al fin a ocasiones a la meta, mas si no lo consigue, hace incansantes esfuerzos por alcanzarla, acortando hasta donde puede la distancia que de ella le separa.

Es el ideal del médico el más puro de todos y por ende el más poético. Va perpetuamente en pos del mayor de los bienes, la salud, y su misión es tan elevada que no le contenta solamente que por sus loables esfuerzos la recobren quienes la han perdido, sino que alienta anhelos más nobles y completamente desinteresados; su más ferviente deseo

es que nadie pierda ese bien precioso, que toda la humanidad, que todas las clases sociales, que todos y cada uno de los hombres, en todas las épocas de su vida, sea cual fuere la esfera de su actividad, gocen de tan inefable presea,

Va aún más allá; es eminentemente moralizador. Fustiga y persigue los vicios como la religión; pero en nombre de hechos demostrados en el terreno de la ciencia, dando a conocer los males que acarrea al organismo humano el uso habitual de tóxicos, las intemperancias de todo género, las emociones malsanas. Aspira a morigerar y a reglamentar las costumbres para el bien universal y es él el primero que da el grito de alarma para que todo trabajo se efectúe en condiciones de nocividad nula o por lo menos mínima; él quien antes que nadie y con mayor competencia que ninguno es el iniciador de las grandes reformas sociales. El es el primero que ha pedido para el obrero, aire, luz, buena alimentación, buena habitación, traje adecuado, trabajo ordenado sin llegar jamás a la fatiga, condiciones apropiadas en los talleres y fábricas para que los trabajos se efectúen con limpieza y comodidad, evitando hasta donde sea posible los traumatismos y acondicionar los establecimientos de modo tal que en caso de catástrofes puedan ser evacuados de modo rápido y seguro.

El es quien ha recomendado el fomento de distracciones sanas, él quien se preocupa por la reglamentación del trabajo de los niños, de las mujeres, de los ancianos y de los inválidos; él quien desea para lo porvenir una humanidad sana y fuerte y por eso aconseja a las madres lo más eficaz para tender a lograr tan importante objeto desde la época del embarazo, lo más conveniente en la crianza, lo más adecuado para el buen desarrollo del niño, y cuando éste llega a la escuela, allí le contempla, allí lo guía, allí aconseja también todo lo necesario para el desarrollo armónico del ser y pone los medios para evitarle toda clase de enfermedades, tanto las que pueden originarse en malas condiciones del medio escolar propiamente dicho, cuanto las transmisibles de la infancia, favorecidas por las múltiples y variadas relaciones del niño en la escuela. Allí inculca las primeras nociones para precaverse de las enfermedades y allí da las nociones más indispensables de enfermería... y no quiero alargarme más sobre el importantísimo papel de la higiene en la sociedad. Cuantos me escuchan, lo conocen tanto o mejor que yo. Pero no debo omitir recordar el que hizo en la tremenda guerra mundial. Bien sabéis que ella fué la que a la postre dió el triunfo a la causa noble de las naciones aliadas. Fué el factor decisivo el ingreso a la colosal contienda de ese país maravilloso que mejor que nadie la ha sabido comprender y que antes que nada se preocupó de que sus soldados estuvieran convenientemente vigorizados, alimentados y alojados.

Mas no sólo en el terreno de la higiene hay campo propicio a la exaltación de los ideales del médico. No por impedir que el sano llegue a estar enfermo, se olvida de quien es ya víctima. Su ambición perpetua es devolver la salud a quien la ha perdido y el terreno en que más habitualmente lucha, es el de la terapéutica, y día tras día, soñando siempre, pero esforzándose constantemente por transformar en realidad esos sueños, pone a contribución los recursos del progreso incesante de todas las ciencias, de la química, como de la física y la mecánica, de la biología y de las más circunscritas y más íntimamente relacionadas con ella: la fisiología y la bacteriología, sin olvidar jamás las bases esenciales de todo conocimiento médico: la anatomía y las patologías, guías fundamentales de todo estudio clínico y de toda acción terapéutica, bien sea médica, bien quirúrgica.

Tiene puesta la mirada «allá arriba», donde brilla el sol esplendente de la ciencia, que calienta y vivifica; «allá arriba», «donde brillan las estrellas» de los que marchados ya de este mundo, dejaron luminosos destellos de inmortalidad, los que sentaron las bases de tantos adelantos de que nos es dado en la actualidad disfrutar, de los que se llamaron: Bichat, Laennec, Claudio Bernard, Virchow, Pasteur, Lister, Trousseau, Fournier, Koch,

Behring, Ehrlich, Metchnikoff y nuestro Don Miguel Jiménez, para no citar más que a algunos de los principales.

Nos instruyeron esas estrellas con sus enseñanzas y con sus ejemplos, y siguiéndolos se va perfeccionando la medicina en todas sus ramas, y con los reflejos que de tan insignes maestros recibimos y los que nos envían los luminares que aún viven y los que nos enviarán los que en lo futuro habrán de surgir, nos sentimos y sentiremos cada vez más fuertes para impartir nuestros servicios a la humanidad doliente.

Es la del médico misión de caridad. Cumple con tan excelsa virtud no solamente cuando ejerce su profesión en favor de los desheredados; la cumple también cuando anima al enfermo, lo consuela, le conforta el ánimo; es caritativo también cuando selecciona entre los medios apropiados para el alivio del enfermo, no sólo el más eficaz en abstracto, sino el más apropiado a las condiciones del caso; lo es igualmente cuando encerrado en el gabinete de estudio o en el laboratorio, trata de perfeccionar sus conocimientos para el bien de los demás; ejerce por último tan excelsa virtud cuando en la cátedra, en las publicaciones científicas, en los libros, en las sociedades, comunica a sus discípulos o a sus colegas, los conocimientos útiles que ha adquirido, los somete al sabio criterio de quienes son aptos para aquilatarlos y modificarlos, si así conviene al bien de los enfermos y utiliza además en bien de ellos, los conocimientos en el trato con los colegas adquirido cuando convencido de que los que tiene en el caso particular, no son lo bastantes para hacer el mayor bien posible, lo consulta con quien más sabe en determinado ramo de la profesión y aun lo deja en manos de él si así juzga que ha de ser más beneficiado el paciente.

Es una de las características del hombre culto rehuir el egoísmo, sentirse honrado, perteneciendo a sociedades científicas donde se estrechan relaciones con intelectuales distinguidos, donde recíprocamente se hacen intercambios del saber. Si es tendencia natural la formación de estas sociedades, también lo es en todos los países civilizados que entre ellas culmine una que se denomina Academia, en la que se reúnen los espíritus más selectos de la rama de la ciencia que cultiva y pertenecer a ella es el mayor honor a que pueda aspirar el hombre de ciencia.

Mas los honores pesan y estar a la altura de ellos y conservarse en ella es bien difícil. Es menester que no desmaye un instante nuestro amor a la ciencia y a la institución que nos acogió en su seno; es preciso que nuestra voluntad sea firme para servirla, y es indispensable que el medio que nos rodea nos estimule, coadyuve a nuestro individual esfuerzo. Por eso cuando se recibe el más elevado honor, la investidura de la Presidencia de la Academia, es muy natural que se vacile, que se experimenten temores de no poder corresponder a tan señalada distinción; se recuerda que el cargo ha sido desempeñado por verdaderas eminencias; nos sentimos muy por abajo de sus excelsas dotes y consideramos que las muy pequeñas que nosotros poseemos no tendrán ocasión de desarrollarse como quisieramos en un medio social debilitado por largos años de inquietud revolucionaria que ha deprimido las energías del país y ha comprometido la marcha de todas las instituciones, no obstante los esfuerzos de los buenos elementos por salvarlas; nos estremecemos considerando la triste realidad de la filosofía del poeta cuando dice:

«Allá lo que nunca acaba,  
Aquí lo que al fin termina . . . »

y recordamos con tristeza haber visto desaparecer institutos oficiales y sociedades científicas, parecer todas las publicaciones médicas, hallarse nuestro Gobierno imposibilitado para ayudarnos con una modesta subvención, como tuvo la Academia en épocas anteriores. Llegar en estas condiciones a la Presidencia hallando suspendido desde hacía tiempo nuestro órgano de publicación y con un acervo considerable de memorias esperando

ocasión de ser impresas y repartidas, viendo pintado en el rostro de muchos académicos el desaliento, me hizo temer por el porvenir de la Academia durante el tiempo de mi alto encargo, y con verdadera zozobra vi principiarse mi período. Acordéme, sin embargo, del poeta:

«Y el hombre atado aquí abajo  
Mirando siempre allá arriba!»

Y confié en el honor de mis consocios, en su amor a la ciencia, en su cariño a la Academia, y sabía que ese honor, ese amor y ese cariño no les dejarían desmayar y no me equivoqué. Acabásteis de oír la reseña de nuestro estimable Secretario: os habéis dado cuenta de cuáles fueron los trabajos de los académicos en el año social que hoy fenece y habéis podido apreciar que bien soportan la comparación con los de años en que las condiciones de medio fueron más propicias.

Confié también en el prestigio de la Academia y tampoco me equivoqué. En dos ocasiones, durante el año, el Sr. Rector de la Universidad se dignó consultar la opinión de la Academia en asuntos de su resorte, y en ambas ocasiones, conforme consta en la reseña, las comisiones nombradas cumplieron satisfactoriamente con su cometido. También fué honrada la Academia por invitación del propio Sr. Rector con la asistencia a una sesión del ilustre Presidente de la Universidad de Arizona a nuestra Capital, habiendo tenido la Academia la buena suerte de que esa sesión fuera una de las más interesantes de este año, por haber tocado el turno de lectura a uno de nuestros más conspicuos consocios, el Dr. Ulises Valdés, quien nos presentó un hermoso trabajo con demostraciones prácticas en la pantalla de los grandes adelantos modernos que en las aplicaciones de la radiografía a la clínica se han alcanzado.

Fué también excelente demostración del prestigio de la Academia, el acto del importante periódico «El Universal», que habiendo tenido el bello rasgo de instituir un premio de \$25,000.00, veinticinco mil pesos, para aquel de nuestros compatriotas que descubra el microbio del tabardillo, puso el asunto en manos de la Academia para formular las bases a que el concurso habrá de ajustarse y para dictaminar sobre el mérito de las memorias que se presenten.

Creí, y en esto tampoco erré, que expidiendo las convocatorias para proveer las plazas vacantes que existían en varias secciones, mi llamado no sería desoído, y aun cuando no se llegaron a cubrir todas las vacantes, cuenta ya la Academia con cinco nuevos elementos amantes de la ciencia, trabajadores anhelantes de coadyuvar a nuestro adelanto, sangre nueva que destinada a vivificar a la Academia, no vaciló en venir a engrosar nuestras filas, trayendo su contribución de conocimientos y de firme voluntad, sintiendo, a no dudar, que es para ellos un honor también el pertenecer a la Academia, y por ello se decidieron a someterse a las duras pruebas que para alcanzarlo es menester soportar.

Si tuvimos la satisfacción de recibir este nuevo refuerzo, tuvimos también la pena, en cambio, de perder a dos de nuestros antiguos consocios, a quienes consagramos un cariñoso recuerdo deseándoles el descanso eterno. Fué uno de ellos el respetable Dr. Don Domingo Orvañanos, miembro honorario de la corporación, médico prestigiado y muy estimado en la buena sociedad, antiguo profesor de la Facultad, Vocal del Consejo Superior de Salubridad, que en algunas ocasiones presidió, así como a esta misma Academia y el único que con nuestro insigne maestro Dr. Don Eduardo Licéaga ha disfrutado del inmenso honor de haber sido Presidente de la American Public Health Association. La otra víctima de la implacable parca fué el distinguido médico-legista Dr. Aristeo Calderón, Presidente de la Sección del ramo que con tanto acierto cultivaba; murió en el cumpli-

miento de su deber, mientras con sus compañeros de Comisión hacía el dictamen sobre el trabajo de un aspirante a ocupar un sitio a su lado.

Antes de despedirme de mis apreciables consocios al dejar esta Presidencia, quiero hacerles patente mi agradecimiento, porque si me retiro satisfecho de las manifestaciones de vitalidad de la Academia, es debido a no haber desmayado ellos en sus labores, al acierto, buena voluntad y desinterés con que desempeñaron las comisiones que les tocó desempeñar, y a ellos se debe que al fin haya podido reanudarse nuestra publicación.

Tiempos mejores van a venir sin duda para nuestra querida Academia; pero sean cuales fueren las circunstancias en que nuestras labores tengan que desarrollarse en lo sucesivo, sintámonos animados sin cesar por los altos ideales de nuestra profesión «mirando siempre allá arriba.»

México, octubre 19 de 1919.

RICARDO E. CIGERO.